

## ASPECTOS DE LA HISTORIOGRAFIA JUDEO-HELENISTICA

por Pedro Villalba

La doctrina historiográfica griega se constituye a partir de dos fuentes. Primera, del modo como los historiadores han concebido sus obras. Segunda, de teorías elaboradas *ex professo* por algún escritor griego.

Ahora me referiré a este segundo caso.

La primera obra que nos ha legado la antigüedad griega sobre la manera de escribir la historia pertenece a Luciano. El título de esta obra, *De historia conscribenda*, no responde en realidad al contenido<sup>1</sup>. Alguien podría objetar que Luciano operaba en un campo todavía virgen<sup>2</sup>; de ahí las deficiencias que presenta. Pero esta defensa es inadmisibles, pues, aun cuando no han llegado hasta nosotros, tenemos referencias de algunas obras anteriores a la de Luciano<sup>3</sup>. El mismo Cicerón debía hacerse eco de toda una tradición teórica ya existente, al decir *neque eam (historiam) reperio usquam separatim instructam rhetorum praeceptis*<sup>4</sup>.

No obstante, la principal fuente de donde los estudiosos pueden obtener datos para sus teorías historiográficas son las mismas obras históricas. Disponemos de bastantes *Prefacios*<sup>5</sup> a obras históricas, en las que el autor expone su método y lo que entiende por historiografiar, como también abundan numerosas referencias al problema metodológico en el interior de las mismas obras. En esta doble posibilidad, disponemos de fuentes escritas que abarcan desde los primeros historiadores griegos, hasta Teofilecto Simocatta (s. VI d.C.).

En la historiografía judeo-helenística, Flavio Josefo ocupa un lugar serio. En los prólogos de sus tres obras históricas, abunda suficiente material para poder precisar su perfil historiográfico. Dice así: "La guerra judeo-romana es la más grande de nuestros

1. La técnica propia para la exposición de los hechos aparece explicada en unas pocas líneas del párrafo 47. Es más bien una obra de preceptiva literaria que de normas historiográficas.

2. J. Sommerbrodt, *Ausgewählte Schriften des Lucian*, III, 1878, p.3.

3. Teofrasto (s. IV) había escrito una *περὶ ἰστορίας*. (O. Regenbogen, *Theophrastos*, PAULY-WISSOWA, *R. E. Suppl.* VII, col. 1526) y Praxífanos, otra (Christ-Schmid-Stählin, *Griech. Literaturgeschichte*, II, 80). También se ha atribuido una obra en el mismo sentido a Teodoro de Gadara, pero no hay unanimidad en admitir que su obra tratara precisamente de metodología histórica (Stegemann, *Theodoros* (39), PAULY-WISSOWA, *R. E.* 2.<sup>o</sup> R., X, col. 1849).

4. *De Orat.*, II, 15.

5. A. Toynbee, *El pensamiento histórico griego*, Ed. Sudamericana, 1967.

tiempos..., pero su historia ha sido compuesta con mucha retórica por autores que no participaron en los sucesos, y de oídas han recogido relatos casuales y divergentes mientras que los testigos presenciales se han visto tentados a desfigurar los hechos, por el deseo de halagar a los romanos o por su odio hacia los judíos. Tales obras consisten en invectivas y encomios alternados, sin vestigio alguno de exactitud histórica”<sup>6</sup>. Más abajo añade: “Creí que sería paradójico que quedara sin aclarar la verdad referente a los sucesos de tal monta, y que los partos, los babilonios... debían ser informados con toda exactitud, mediante mis trabajos acerca del origen, vicisitudes y principio de la guerra, en tanto que los helenos y todos los romanos que no sirvieron en la campaña no tendrían nada mejor a su disposición que los relatos aduladores o ficticios que ocultan la verdad”<sup>7</sup>.

Y, tras censurar a los historiadores partidistas, declara la actitud que observará en su obra: “Me mantendré en la más estricta objetividad al escribir los hechos de cada bando, aunque dedique mi comentario sobre los acontecimientos a la expresión de mi punto de vista subjetivo y dé salida a mis sentimientos personales lamentando las desdichas de mi patria... En tales circunstancias, habría requerido un esfuerzo sobrehumano reprimir mis sentimientos; pero si alguno de mis lectores es juez tan severo que se muestre impenetrable a la piedad, debo rogarle que acredite la narración de los acontecimientos a cuenta del libro, y las lamentaciones, a la del autor”<sup>8</sup>.

Niega, por tanto, la verdad histórica a aquellos que no saben utilizar las fuentes con el análisis objetivo suficiente, y a los que, aun estando presentes en los sucesos, se muestran claramente partidistas.

La suerte que mereció la palabra *ἀκριβεια* y derivados en la historiografía helenística es notable. Sólo en el prefacio al *Bellum* es empleada cuatro veces<sup>9</sup>, y siempre para indicar que la labor del historiador será tanto más veraz, cuanto más *exacta* sea y más *ajustada* esté a la realidad de los acontecimientos<sup>10</sup>.

Finalmente, concluye: “La auténtica investigación no consiste en la simple reordenación del material que constituye propiedad de otros, sino en el establecimiento de un cuerpo original de conocimiento histórico que justifique una nueva colocación de las palabras”<sup>11</sup>.

En el largo *Prefacio* al *Contra Apion*, Flavio Josefo critica duramente a los historiadores griegos, alegando la divergencia de sus opiniones sobre los mismos hechos y su falta de tradición escrita. Dice, pues, “los helenos que aspiraban a la condición de autores no abrigaban entusiasmo alguno por la verdad, aunque tenían perpetuamente en los labios aseveraciones en contrario, sino que se interesaban por exhibir su capacidad literaria... Algunos de ellos recurrieron a la ficción; otros, a la deliberada lisonja de estados y soberanos”<sup>12</sup>. Josefo confiesa: “Mi propio relato de la guerra en su totalidad y de los

6. *B. Jud.*, I, 1.

7. *B. Jud.*, I, 2.

8. *B. Jud.*, I, 4.

9. *B. Jud.* I, 1, 2, 4, 6.

10. Abundan los casos. Contemporáneo de Flavio sería el del *Evangelio* de Lucas (I, 3).

11. *B. Jud.*, I, 5.

12. *C. Apion*, I, 24-25.

pormenores incidentales es correcto, puesto que fui testigo presencial de todos los sucesos... Durante este período nada de cuanto ocurrió a mi observación. Con toda puntualidad consigné los sucesos que presencié..."<sup>13</sup>.

Esta es la actitud básica de Flavio Josefo en lo que al concepto historiográfico se refiere. Intentaré ahora situarla en la línea de la concepción historiográfica helenística.

Para Polibio de Megalópolis (201-120 a. C.), la historia es "el correctivo soberano de la naturaleza humana" y "la única escuela en que puede ser adquirido el verdadero espíritu para soportar los cambios de la fortuna". Tampoco cree que sea la ocasión en la que el historiador pueda lucir sus dotes literarias. "Soy consciente", dice, "de que hay algo prohibitivo acerca de mi libro, que se adapta a una clase particular de lectores, y que está abierto a la crítica debido a la monotonía de su estilo", y, refiriéndose a la mayoría de los historiadores, añade que "introducen las diferentes ramas de los escritos históricos, y así atraen un gran público a la lectura cuidadosa de sus composiciones". Y concluye: "Por lo tanto, me he dirigido menos al entretenimiento del lector general que a la instrucción del estudioso serio, y, por consiguiente, me he atendido a este aspecto descuidado por los otros. En el estudioso consciente de mi trabajo, hallaré el más poderoso testigo de la justicia de mi pretensión"<sup>14</sup>.

Diodoro de Agira (90-20 a. C.), tras declarar el alto valor educativo de la historia, hablando de los historiadores, dice: "Trabajo y peligro son el precio de su sabiduría práctica, que es obtenida por la experiencia de la vida diaria...Estamos todavía más endeudados con esos autores por sus esfuerzos en ordenar a toda raza humana... Al emprender esto, se han constituido nada menos que en los siervos de la Providencia". Y, refiriéndose a la elocuencia<sup>15</sup> como al "don de dones", declara su justo uso en el historiador: "En la historia, no existe una simple armonía entre los hechos y su expresión literaria, sino una combinación de cada utilidad. Conózcala por sus frutos, y encontrará lo que hace por la virtud, denunciando el mal, encomiando lo bueno, y, en una palabra, dotando a aquellos que la estudian con la suma sabiduría humana". Y, deteniéndose en la técnica que ha seguido, confirma: "He dedicado, en efecto, treinta años a esa tarea, durante la cual he acometido considerables empresas penosas y peligros al realizar extensos viajes a través de Asia y Europa. Estaba determinado a ver con mis propios ojos tantos lugares como fuera posible...Mi principal recurso en la ejecución de mi proyecto ha sido el entusiasmo por el trabajo..., y, además de esto, los materiales para el estudio de mi tema que pueden obtenerse en Roma...Mi trato con los pobladores de habla latina me ha dado un dominio completo de esta lengua; así he podido obtener cuidadosa información de todos los sucesos del dominio romano a partir de sus registros nacionales...Pero, antes de que presente los *resultados* de mis trabajos al público, debo comenzar con una breve tabla del contenido del libro como un todo"<sup>16</sup>.

13. *C. Apion*, I, 47-49.

14. *Hist. Rom.*, IX, 1-2.

15. Cicerón es de la opinión de que la historia debe estar adornada (*De Orat.*, II, 12, 51), y distingue entre la "historia a la griega", que sólo puede escribirla un gran orador, y la "historia a la romana", para la que sólo basta no mentir. Pero Polibio (*Hist. Rom.*, XXXVI, 1; XII, 25) ataca el uso del discurso en la obra histórica, a no ser que sea muy fiel a las palabras realmente pronunciadas. Diodoro, en cambio, mantiene una actitud de equilibrio, porque "el historiador que no tiene la valentía de descender a la arena oratoria está igualmente expuesto a la crítica (*Bibl.* XX, 1-2).

16. *Bibl.*, I, 1-5. En el mismo sentido, Heródoto (I, 1) y Tucídides (I, 1, 22) reconocen la ardua laboriosidad para poder presentar "los resultados de sus investigaciones".

Dionisio de Halicarnaso (segunda mitad del s. I a. C.) hace descansar la verdadera historia sobre dos firmes bases. Primera, la elección de un buen tema. Segunda, “dedicar el mayor cuidado y esfuerzo a la tarea de proveerse de las fuentes apropiadas para su composición. Existen, desde luego, historiadores que han sido desviados por la sed de notoriedad, no importa de qué clase, o por las oportunidades de desplegar sus habilidades literarias en un *tour de force*, y que han tomado sucesos sin gloria, triviales, o de poca importancia como base de sus trabajos”. Y bastante más adelante manifiesta las fuentes sobre las que él se apoya: “Parte de mi información ha sido obtenida oralmente de los principales sabios romanos con los que he tenido contacto personal, y parte, de la lectura cuidadosa de las obras históricas que gozan de la más alta reputación entre los mismos romanos”<sup>17</sup>.

El *Evangelio* de Lucas cae dentro de la misma metodología de los historiadores helenistas. “Puesto que muchos han intentado componer un relato de los acontecimientos cumplidos entre nosotros, según nos han transmitido los que, desde el principio, fueron testigos oculares, convertidos después en ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de informarme exactamente de todo desde los orígenes, escribirte ordenadamente, óptimo Teófilo, para que conozcas la firmeza de las enseñanzas que tú has recibido de viva voz”<sup>18</sup>.

Arriano de Nicomedia (90-170 d. C.) fundamenta su modo de historiar sobre la crítica de las fuentes de que dispone. “Cuando Ptolomeo...”, dice,...“y Aristóbulo... presentan un relato idéntico, en sus obras sobre Alejandro..., los sigo con confianza absoluta en su exactitud. Cuando disienten, elijo la versión a mi juicio más creíble y, al mismo tiempo, más interesante de las dos”<sup>19</sup>.

En resumen diré que la teoría historiográfica de la obra de Luciano arriba mencionada se concreta en los siguientes consejos: “En primer lugar”, dice, “teje un *hypómnēma* de estas cosas y haz un cuerpo todavía sin belleza y sin estructura; después, habiéndole puesto el orden, embellécelo, y cuida la expresión, adórnalo y régúlo armoniosamente”<sup>20</sup>.

Teoría esta ya extendida entre los autores, defendida también por Cicerón<sup>21</sup>, Pero la constante entre los historiadores: helenísticos pertenece al campo de la objetividad y de la crítica. A modo de principios la verdad histórica será celosa del cumplimiento de los siguientes puntos:

- 1) presencia del historiador en los sucesos.
- 2) imparcialidad.
- 3) crítica de las fuentes orales y escritas.

17. *Arch. Rom.*, I, 1-8.

18. *Luc.*, I, 1-4.

19. *Anab.*, I, 1.

20. *De Hist. conscr.*, 48. El *hypómnēma* es el equivalente de *commentarius*, al estilo de la obra de César. Para Cicerón, los *Commentarii* de César son ya historia, opinión un tanto adversa a su normal sentir (*De Orat.*, XX, 66).

21. *De Orat.*, II, 12, 51; XII, 39.

- 4) todo supeditado a la verdad objetiva.
- 5) carácter propio de la obra histórica.
- 6) entusiasmo por la verdad.
- 7) lucimiento retórico personal reducido al mínimo.
- 8) no excusar ningún esfuerzo.
- 9) uso restringido de los discursos.
- 10) la historia como resultado de *investigaciones*.

Flavio Josefo, repito para concluir, tiene razones probadas para situarla dentro de la línea normal de la historiografía helenística<sup>22</sup>.

El segundo aspecto a comentar se refiere al problema de la ley y libertad en la historia. Existen dos actitudes bien definidas al respecto. Primera: la de considerar la ley subordinada a un legislador más grande que la misma ley que él administra. Segunda: la del caso contrario, o sea, ley superior a su propio legislador, ley impersonal, ley con posibilidades de ser detectada por el hombre, y, en cierto sentido, ser dirigida por él.

La aceptación de un legislador por encima de la misma ley tiene su plena compensación en la misma aceptación de la jurisdicción de la ley de ese legislador supremo. A cambio, sólo hay que renunciar al conocimiento exacto y definitivo que es el "premio de los que se contentan con ser dueños de la naturaleza, al precio, muchas veces, de ser esclavos de ésta.. Por eso las nociones que el hombre tiene de Dios se escalonan desde una visión de Dios Padre hasta una visión de Dios tirano, y ambas visiones están de acuerdo con la imagen de Dios concebido en un antropomorfismo más allá del cual la imaginación humana no parece capaz de penetrar"<sup>23</sup>.

La idea de una ley divina rectora del mundo pertenece a los profetas israelitas, frente a la de los filósofos griegos para quienes las leyes de la naturaleza eran el primer constitutivo de la realidad. No en vano arranca de ahí su sentimiento pesimista de la vida. Que Dios gobierna el universo es la creencia secular del judaísmo, creencia que más tarde compartió el cristianismo y el islam<sup>24</sup>.

Un tercer elemento, que colabora en ese deseo del hombre de explicarse que la ley divina forma parte integrante de la misma libertad humana, es el amor. Dios supremo, libertad humana y amor pueden dar la solución a lo que tanto ha preocupado a filósofos e historiadores: la bondad y la maldad de la creación<sup>25</sup>. Flavio Josefo se sitúa en la línea seguida por el judaísmo tradicional. Su espiritualidad está regida por la ley mosaica que le induce a dirigir sus ojos hacia Dios "como la causa de todos los bienes existentes... Nada puede escapar a su conocimiento..."<sup>26</sup>. Partiendo de esta metafísica hebrea, en la

22. Arch. I, 1 y ss.

23. A. Toynbee, *Estudio de la Historia*, XI, 35, 1-2, Compendio, Ed. Alianza.

24. San Agustín, *De civitate Dei*; Ibn Jaldún, *Historia de los bereberes* (Prolegómena). El último escritor en esta misma línea sería Bossuet, *Discours sur l'Histoire Universelle*, 1681.

25. A. Toynbee, *op. cit.* XI, 38.

26. C. Apion, II, 166. El segundo libro es rico en razonamientos teológicos.

aplogética judeo-alejandrina es muy común el hacer a los filósofos griegos deudores de la doctrina bíblica<sup>27</sup>.

Polibio, al describirnos la caída de Cartago, elogia el poderío material y espiritual de la misma, y, refiriéndose a la tristeza que causa en Escipión el inminente desastre, escribe: "Escipión comprendió que las ciudades y los imperios estaban destinados, por la providencia de Dios, a desaparecer"<sup>28</sup>.

Diodoro reparte el universo entre un poder supremo y el destino: "Dios", dice, "en su providencia, ha relacionado en un sistema único las evoluciones de las estrellas del cielo y los caracteres de los hombres, y los mantiene en movimiento perpetuo por toda la eternidad, concediendo a cada uno la parte que el destino le asigna". Y, al hablar del alto valor educativo de la historia, no duda en afirmar que "sirve para llevar los corazones de los hombres a la rectitud y al temor de Dios"<sup>29</sup>.

Dionisio somete el vaivén de la historia de los pueblos a un poder superior: "El secreto del gradual avance de Roma hacia el dominio del mundo no ha sido su virtud o su temor de Dios o cualquier cualidad moral, sino alguna ciega e inmoral operación de la Fortuna..." Más adelante asegura: "Es ocioso estar resentido por lo que es una perfecta y natural subordinación que se basa en la ley universal y eterna de la naturaleza... ; es del mismo modo ocioso censurar a la Fortuna por haber prodigado este gran imperio, durante todo este tiempo, sobre un estado que no merece ese honor"<sup>30</sup>.

En Roma, Séneca sentaría las bases de un mundo y de una historia gobernados por un Dios providente, Floro (s. II d. C.) intentaría dar una justificación teológica al poder establecido<sup>31</sup>. Igualmente, el estoicismo griego extendería su influencia desde Polibio hasta Apiano.

Del principio teológico de Flavio citado arriba, se deducen toda clase de intervenciones de su Dios entre los humanos. El Dios de Flavio puede aparecer en cualquier circunstancia histórica. "Pero si hemos de creer", dice, "que las vicisitudes de una guerra están en manos de Dios, hay que considerar lo injusto de esta campaña"<sup>32</sup>, con lo cual justificaría el desastre de su pueblo.

En resumen, la tendencia general de los historiadores helenísticos admite un poder supremo, con múltiples denominaciones, que infiere decisivamente en el proceso histórico.

La personalidad de Flavio Josefo, por lo que se puede deducir a través de su método, es helenística. Helenística por la curiosidad constante que manifiesta, por su afán de verdad, por su confianza en la razón, por el gusto a la precisión y a la exactitud, y finalmente, por su capacidad de síntesis.

27. F. Josefo, *C. Apion*, II, 168; Eusebio, *Praep. Ev.*, XIII, 12; Clem. de Alejandría, *Strom.*, V, 14, 97.

28. *Hist. Rom.*, XXXVIII, 22.

29. *Bibl.*, I, 1-5.

30. *Arch. Rom.*, I, 1-8.

31. V. Alba, *La concepción historiográfica en Lucio Anneo Floro*, CSIC, Madrid 1953.

32. *B. Jud.*, I, 215.